

BRANDON Q. MORRIS



EL PLANETA NEGRO

# ANFITRITE

HARD SCIENCE FICTION

No es un objeto celeste normal. Es Anfitrite, el planeta negro.

Los astrónomos llevan ya muchos años buscando un planeta que suponen más allá de la órbita de Neptuno. De vez en cuando descubren indicios, pero la prueba concluyente, su observación, siempre fracasa.

Los cuatro astronautas a bordo de la Ganymed Explorer no van en busca de fama científica. Solo necesitan un lugar seguro donde esconderse y, puestos a elegir, lo más lejos posible de la civilización. Que precisamente descubran un planeta hasta ahora desconocido, les va de perlas. Aterrizan en él con curiosidad y una buena dosis de alegría exploradora. No se les ocurre tener miedo, pues todavía no saben la naturaleza de lo que han encontrado: Anfitrite no es un cuerpo celeste normal. Es el noveno planeta negro.

# La huida

---



12 de enero de 2078,  
Héctor

---

–Lánzame la cuerda –grita Grigori.

Yuri duda. Lleva una viga de acero de 20 metros de largo sobre el hombro. Irina aguanta el extremo opuesto. Frente a ellos, se encuentra el abismo que separa las dos mitades con forma de huevo que tiene ese asteroide. En algún lugar al fondo, quizás a unos 500 metros, la presión de la colisión unió hace varios millones de años a esos dos desiguales asteroides que, ahora, parecen huevos siameses.

–¡Pero venga, decídete! –grita Grigori de nuevo–. No seas tan gallina.

¿Gallina? Ni de coña. Su compañero lo tiene fácil. Ya está en el lado opuesto del precipicio y lleva solo la mochila con las herramientas. La gravedad es tan baja que la viga no pesa casi nada, pero la inercia de su masa sigue allí. Moverla, sin pensárselo bien antes, podría resultar mortal.

Yuri se gira. La luz de su casco recorre el brillante acero hasta que ilumina a otra persona embutida en su traje espacial. Es su colega Irina.

–¿Irina?

–¿Sí? –responde la chica.

–Si saltamos los dos al mismo tiempo, deberíamos conseguirlo.

–Pero si no aplicamos la suficiente energía, caerás por el precipicio con la viga.

Es una buena objeción.

–Por eso quiero que me lance la cuerda. Entonces le sacaré de ahí –interviene Grigori.

No debería haber hablado con Irina en la frecuencia de radio general. Grigori es bueno en todo lo que hace, pero también demasiado megalómano. Es un milagro que siga vivo, aunque algunos piensan que es gracias a su maravilloso ingenio.

–¿Y la viga qué, so genio? –pregunta Yuri–. Chen nos arranca la cabeza si la perdemos.

–Tengo una idea –dice Irina.

–¿Qué se te ha ocurrido? –le pregunta Yuri.

–Utilizaré la válvula del depósito de oxígeno como motor adicional.

–¿Quieres colgarte de la viga y acelerarla con tus reservas de aire?

–Podría funcionar, Yuri.

–Pero correrías el peligro de quedarte sin aire.

–Ya no faltará mucho hasta el lugar de montaje cuando hayamos cruzado; y el paseo de vuelta será cosa de niños sin este cacho viga.

–Pero aún la tenemos que soldar.

–No me necesitáis para eso.

–No sé, Irina. Me parece demasiado arriesgado.

–Déjala que lo haga –exclama Grigori–. Ella no es tan gallina como tú. Si seguimos discutiendo aquí, se nos acabará el aire.

–¡Cállate ya, Grigori! ¡Nadie te ha pedido tu opinión!

–No le hagas caso –dice Irina–. Mejor escúchame a mí. Mi plan funcionará.

–Está bien –contesta Yuri.



—Tres, dos, uno —cuenta Irina por radio—. ¡Ya!

Yuri sujeta la viga y se pone en movimiento. Sus pies propulsan hacia los lados polvo y hielo del suelo del asteroide. Le gustaría poder correr, pero el pesado acero se lo impide. Ya se acerca al abismo, pero sigue moviéndose como a cámara lenta. ¡Ahora... tiene... que... saltar!

Yuri flota. La luz de su casco lame las escarpadas laderas del precipicio. Ni siquiera llega a iluminar el fondo. Mejor así. Ahora depende totalmente de Irina. La oye resoplar por la radio. Sigue corriendo y, al mismo tiempo, suelta el valioso oxígeno de su bombona hacia el vacío sobre la oscura superficie del asteroide.

Parece que el tiempo se ha detenido. Nunca había anhelado tanto alcanzar el lado opuesto de esa zanja. La ha cruzado ya varias veces, aunque sin cargas pesadas. Pero ahora puede ver con sus propios ojos por qué Chen ha obtenido la licencia para explotar ese asteroide, a pesar de hallarse tan lejos de la Tierra. Y es que las dos mitades que conforman ese alargado asteroide llamado Héctor son tan diferentes como pueden llegar a serlo dos cuerpos celestes de ese tipo. La parte en la que se encuentra la base de operaciones es una típica bola de nieve sucia, solo hielo y roca. Pero la otra, hacia la que flota ahora a velocidad de cámara lenta, tiene un núcleo de metal que representa casi la totalidad de su masa. En la pared del abismo se puede ver claramente la estructura, pues allí apenas se ha acumulado el omnipresente polvo del resto de la superficie.

—¡Cuidado, Yuri!

La advertencia de Irina le llega justo a tiempo. La pared de enfrente se le viene encima. Al parecer, la viga ha vuelto a tomar algo de impulso, pero debe haber apuntado muy mal, pues chocará contra la pared del precipicio de-

masiado abajo. Grigori debe estar esperándole unos ocho metros más arriba. ¡La pared! Yuri estira brazos y piernas para amortiguar el golpe, con la esperanza de que la viga no haga tonterías. ¡Colisión! Toca la pared con las manos y las rodillas, donde su traje tiene más refuerzos. Un breve dolor le recorre la cadera. Yuri quiere agarrarse, pero la pared es demasiado lisa y rebota hacia atrás.

–¡Grigori, la cuerda! –grita.

Si no logra agarrarse a la cuerda, caerá por el precipicio. Mira hacia arriba, pero ni rastro de su colega.

–¡Cuidado con la viga! –le grita Irina.

¿Dónde está? La oscuridad no le permite ver ese peligroso monstruo de metal. Gira frenéticamente la cabeza de un lado al otro hasta que el haz de luz de su casco alcanza la viga. ¡Ha tenido suerte! La pared ha desviado el peligro hacia arriba. La enorme inercia de esa pesada pieza de metal ha jugado en su favor.

–Ya la cojo yo –dice Grigori.

¿Qué pretende hacer? ¡Si Grigori no llega a la viga! ¡Que le lance ya la cuerda!

–¡Joder, tío, que necesito la cuerda...! ¡Ahora!

–¡Espera un segundo! –le responde Grigori–. Si perdemos la viga, Chen nos arrancará la cabeza. Tú mismo lo dijiste.

–¡Pero me estoy cayendo, gilipollas!

Y realmente empieza a caerse. Mierda. No debería haberse dejado convencer. Deberían haber buscado otra forma de pasar la viga al otro lado del precipicio. La gravedad de Héctor es débil, pero suficiente como para arrastrarle. Intenta calcular su velocidad de caída, sin embargo, el pánico le sacude los números en la mente como si fueran dados.

–¡Voy a morir! –grita.

Suena tan banal... Todo el mundo morirá algún día. Parece que hoy le ha llegado su hora. Pero el miedo es tan

poderoso que le hace sudar a mares y mearse en los pantalones.

–No morirás –asegura Irina.

De repente, está detrás de él. Le sujeta por su brazo izquierdo y lo arrastra hacia arriba. Irina asciende como si pudiera volar. Entonces distingue el vapor que sale de la botella de oxígeno y cómo la manipula con la mano izquierda. Oxígeno congelado. Así de baja es la temperatura allí. Y es mortal.

El impulso es suficiente. Alcanzan el borde superior del precipicio e Irina le empuja hacia delante. Yuri cae sobre las rodillas. Mira el suelo y respira aliviado. La sombra de Irina aterriza a su lado. Silencio. Está vivo.



–Venga, arriba –ordena Grigori al cabo de lo que parecen cinco minutos.

–Dale un poco más de tiempo –exclama Irina–. No han pasado ni treinta segundos.

–Déjame ver –dice Grigori.

La sombra de Irina se mueve. Debe ser el foco de Grigori que la produce. Yuri se obliga a levantarse. Grigori está junto a Irina y le levanta el brazo, como para tomarle el pulso.

–Lo que me imaginaba –dice Grigori y le deja caer el brazo–. Tu nivel de oxígeno está ya casi a cero.

–No exageres, que con la reserva tengo aún para un cuarto de hora –responde Irina.

–Pues, entonces, ya va siendo hora de que regreses a la base –dice Yuri.

–Anda, ¿ya has vuelto? Me alegro.

–Gracias, Irina. Me has salvado en el último segundo.

–Según mis cálculos, podría haber esperado unos 35 segundos más.



–Pues me alegro de que no te lo tomaras con tanta calma. Te lo agradezco, de verdad. Te debo una y gorda.

–Hmm, mira por donde... se me ocurre ya algo –dice Irina y rompe a reír.

Está un poco loca; a Yuri se lo han comentado otros compañeros. Ahora mismo no tiene muchas ganas de reírse.

–Lo hablamos en la base –le responde–. Y ahora regresa de inmediato. ¿Quieres que vaya alguien contigo, por seguridad?

–¡Eh!, que ya soy mayorcita –afirma Irina.

–Perdona, ha sido una tontería. Me acabas de salvar la vida.



–Y... ¡Arriba! –dice Grigori, que ha asumido el mando.

Se coloca el otro extremo de la viga sobre el hombro y ambos comienzan a caminar despacio. Ese suelo es bastante más duro que en del otro lado, porque la capa de polvo es mucho más fina. Así avanzan mejor. Seguramente consigan recorrer el kilómetro que falta hasta su destino en una media hora.

–¿Qué pasó antes con la cuerda? –pregunta Yuri.

–¿La cuerda?

–Cuando estaba cayendo por el precipicio te grité que...

–Ah, eso. Ya viste que estaba ocupado con la viga que soltaste.

–¿Y, por eso, quisiste dejarme morir?

–Yuri, este cacharro ha sido construido para la guía del láser. Si lo perdemos, tardaríamos al menos medio año más en acabar este encargo. RB le habría cantado las cuarenta a Chen y este habría descargado toda su rabia en nosotros.

–¡Joder, que casi me muero!

–Pero no lo has hecho. Ya me imaginaba que Irina intervendría de una u otra forma. Esa mujer tiene más recursos que una navaja suiza. Y tú tienes una suerte especial con ella, porque tiene debilidad por los perdedores.

¡Menudo imbécil! Ahora Yuri dejaría caer la viga, se daría la vuelta y le propinaría cuatro hostias bien dadas. Pero entonces tardarían todavía más y, a fin de cuentas, ya es hora de volver a casita. Algún día se vengará.



13 de enero de 2078,  
Héctor

---

Yuri acciona la manilla de la puerta, pero no se abre. El aseo de caballeros está ocupado. Denise sale del baño de mujeres y le guiña un ojo. Incluso sonrío, así, ya de buena mañana. Nunca la ha visto seria, aunque en ese asqueroso asteroide hay motivos de sobra para ello.

De repente, se le abre la puerta ante sus narices y pega un brinco hacia atrás.

–Eh, no te asustes tanto. Solo soy yo –dice Grigori.

–Estaba...

–Inmenso en tus pensamientos, ya.

Grigori le aparta un poco y pasa por su lado. Aunque, de pronto, da media vuelta, como si se lo hubiera pensado mejor. Se coloca frente a él, apoyándose en la pared. Le envuelve un aroma a *aftershave* barato. Incluso cubre el olorcillo a aceite de máquinas que suele dominar toda la base.

–¿Qué? ¿Por fin te la follaste ayer, o no? –le pregunta con voz baja y una repelente sonrisa sardónica.

–No, joder, pero ¿qué dices?

¿Por qué puñetas le responde? Debería darle un empujón y desaparecer por la puerta del aseo.

–Pero si era evidente, coño, la tienes a punto de caramelo y bien calentita. Si tienes miedo de no saber hacer-selo bien, me llamas. Estoy seguro de que estaría encantada de hacer un trío.

–Eres repulsivo, Grigori. Irina vomitaría antes de dejar que la...

–Mira, chaval. Si no me crees, pregúntale dónde tiene una marca de nacimiento en forma de hoja.

Yuri niega con la cabeza. Agarra a Grigori por los hombros y lo aparta de su camino.

–No deberías beberte ese *aftershave* barato que usas, sino solo ponértelo en la cara cuando te afeitas. Parece que te ha reblandecido las neuronas.

Grigori se echa a reír.

–Así me gusta, Jurotschka. Aunque deberías hacerte mirar la arruga de rabia que te sale en la frente, que no parece muy sana. A las mujeres les encanta mi *aftershave*.

–Menudo fardón estás hecho. De tu boca solo salen estupideces.

–Unos dicen esto, otros aquello, pero yo, al menos, no necesito que me salven las mujeres. Prefiero follármelas.

–Mira, una palabra más y...

–¿Sí? ¿Y qué? Venga, no me tengas en ascuas.

Yuri tensa sus músculos. ¿Debería pelearse con él? Es tan... primitivo. Solo se pondría a la misma altura que ese bastardo insoportable.

–Nah. No mereces la pena.

–Claro, lo me imaginaba. Perro ladrador, poco mordedor. Seguro que Irina también se ha dado cuenta y por eso no te ha...

Las últimas palabras de Grigori se las traga la puerta que Yuri ha cerrado a su espalda. Gira el pestillo para poder disfrutar también de su momento de paz.



–¡No la saques! –ordena Chen.

Yuri se sobresalta y deja la funda de plástico transparente con la revista dentro de nuevo sobre la mesa. Su jefe habla bajo, pero con intensidad. Sus palabras resuenan como latigazos elegantes, recubiertos de miles de esquilas de vidrio. Chen es media cabeza más bajo que él y parece menos fuerte, pero no hay que subestimarle jamás. Su derecha es extremadamente veloz, como pudo comprobar Mike ayer. Pero es que el gilipollas de Mike no se merecía otra cosa. Hay un exceso de gilipollas en la base. Parece ser uno de los criterios de contratación. No obstante, también hay personas amables, como Irina y Denise.

–Tampoco quería decir eso –se disculpa Chen–. Puedes mirarla, pero no la saques de la funda.

–¿Qué es? –pregunta Yuri.

Levanta la funda con su contenido. Parece un material muy delicado, por lo que Chen lo mantiene tan protegido.

–¿Es papel?

–Sí, es una revista que se imprimió sobre papel de verdad.

–Debe ser carísima.

–En su época, no costaba más que una hamburguesa.

Yuri observa el dibujo de la portada. En la parte inferior, hay una mujer que sale de una especie de ataúd que flota en medio de un lago. En el centro, se ve a tres personas en un bote de remos. Otro bote más, vacío, brilla en un halo de luz blanquecina, y en el horizonte se distingue la silueta de una ciudad.

–¿De qué va? –pregunta Yuri.

–Es una revista de ciencia ficción –le dice Chen.

Yuri lee el título.

–¿Interzone 123?

–Es el número 123 de la revista *Interzone*.

–¿Y por qué está aquí?

–Pues mira, esa es la pregunta del millón, ¿no?

–Venga, va, no me tomes el pelo. Ya he tenido hoy un encuentro muy desagradable con Grigori.

–Y yo que pensaba que vosotros, los rusos, siempre hacíais piña.

–No somos rusos. Ese imbécil es búlgaro y yo soy alemán.

–¡No jodas! Pero ¿tu nombre...?

–Mis padres quisieron ser creativos. ¿No nos has contratado tú?

–Denise me dio una lista con los mejores candidatos y me limité a poner una cruz en aquellos que me parecieron más adecuados. Pensé que tener a tres rusos sería más entretenido. A lo mejor podríais deleitarnos alguna vez con danzas de cosacos.

–Ja, ja, qué simpático.

–Pero Irina, al menos, sí que proviene de Rusia, ¿no?

–Creo que sí. Aunque tampoco la conozco tanto.

–Vaya. Pensaba que ya te había echado el ojo.

–No creas nada de lo que te cuente Grigori.

–Entiendo. En respuesta a tu pregunta: Esta revista está aquí porque incluye una historia del famoso escritor de ciencia ficción Stephen Baxter. Se llama *El traje Fubar*. Y ahora adivina dónde transcurre la trama.

–Aquí.

–Exacto. En Héctor.

–¿Elegiste a Héctor por esta historia?

–No, hombre. La licencia de explotación la compré porque el asteroide es ideal y porque casi todos los mejores del cinturón principal estaban asignados. Aquí podemos extraer tanto metales como combustible. Y, luego, me enteré de la licitación para una estación láser de RB, que me financia la instalación de la base. No planeo mi futuro en una vieja historia. Baxter la escribió el pasado milenio y entonces apenas se sabía nada de este asteroide.

–Pero te resulta interesante por alguna razón.

–Me parece divertido tenerla aquí.

Yuri hojea la revista. Cada página está protegida con celofán, por lo que no deja ni huellas en el papel. Al comienzo de la revista hay una lista de todas las publicaciones que contiene. Instintivamente toca los títulos, pero no pasa nada.

Chen se echa a reír y dice:

–A mí me pasa lo mismo.

–Página 23. ¿Es esa la historia? –pregunta Yuri.

–No, se trata de una errata de imprenta. Comienza ya en la 22.

–Una errata de imprenta, menuda locura. ¿Y es especialmente valiosa por eso?

–No. Se imprimieron un par de miles de ejemplares. Apareció por primera vez en 1982 y aguantó hasta 2035. Entonces, por lo visto, el papel ya era demasiado caro.

–Qué interesante.

–¿Lo ves? De eso se trata. Siempre que me visita alguien y ve esta antigua revista surge una conversación interesante.

–Sin embargo, hasta hoy no la había visto nunca sobre tu mesa, jefe.

–Con vosotros también puedo conversar de otras cosas. Pero mañana llega la Ganymed Explorer para repostar y su personal pasará un par de días con nosotros. Quién sabe, quizá surja algo interesante.

–No empieces tú ahora con lo mismo, Chen. A Grigori ya se le cae la baba cada vez que se cruza con Irina o Denise, aunque sea de lejos.

–Parece que Grigori es un amigo especial. Pero ¿qué le voy a hacer? Ninguno de vosotros quiere nada conmigo. ¿O es que ya tienes planes para esta noche?

–Lo siento, Chen. Aunque ojalá te diviertas con tu revista de ciencia ficción.

–Gracias. Ya veremos. No obstante, te pedí que vinieras por otra razón: tienes que sustituir a Mike. No se en-